

Cuadros realizados por el autor



ENTRE
EL PLACER
Y LA
INJUSTICIA

Fermín Caraballo Sánchez



Prólogo

Después de escribir mi primer libro, basado en mi vida, mis inventos y mis particulares soluciones a todo lo que en cierta manera abordaba y criticaba, me quedó, ciertamente, un buen sabor de boca y un gusanillo interior que me decía con cierta crítica interna.

Bueno, el escribir la vida de uno es relativamente fácil, porque tienes que inventar muy poco, literalmente, puesto que los inventos ya los había hecho con anterioridad, y tu vida es la que es, con sus altibajos y circunstancias. Sólo había que tirar de memoria y contarla de la mejor y más entretenida manera.

Lo que realmente tiene importancia de un escritor, es inventarse unos personajes imaginarios y plasmarlos en un libro debidamente hilado y explicado.

Así que me reté a mí mismo y me puse manos a la obra para ver si mi humilde y poca cultivada imaginación podía dar de sí y llevar a cabo tal hazaña, teniendo en cuenta, que no tengo estudios universitarios y casi no pude ir a la escuela por mi temprana edad a la que me tuve que incorporar al mundo laboral, con tan sólo diez años por necesidad perentoria.

Todo esto, dificulta mucho, sin duda, la creación de una obra, simplemente por falta de preparación, pero como soy una persona que me gustan los retos y en las dificultades siempre me tuve que crecer, esta vez no iba a ser menos.

Y con el gusanillo que comento y las antenas abiertas que la vida se encargó y me obligó a desplegarlas desde muy pequeño,

me puse a imaginar unos personajes, que pululaban en mi cabeza, pero no terminaban de encajar del todo. Y pensaba ¿Cómo lo harán los buenos escritores? No creo que se imaginen el libro completo antes de comenzar a escribirlo. Irán poco a poco y aunque los personajes estén definidos y con nombres, habrá que ir sobre la marcha, dándoles vida y situaciones que esta vida le puede ir deparando y detallando dichas situaciones lo más decente y reales posible, metafóricamente hablando.

Y así comencé.

Otra cosa que sí tenía claro, es que en todas las situaciones por las que pasaran mis personajes, tenía que narrarlas con toda realidad incluso con crudeza, pues la vida es cruda con todos los humanos, tanto en el sufrimiento, como en el gozo. Las cosas son como son y no quería medias tintas y a cada cosa debía y quería llamarle por su nombre, descartando bulos y falsas palabras, que creo y espero, que el lector adulto, que es para quién va dirigido este libro, lo pueda entender perfectamente, sin que pueda herir su sensibilidad, su forma de pensar, incluso sus creencias religiosas por algunas situaciones críticas que en el libro se viven y narran.

Es por ello que pido perdón de antemano por si alguna de estas situaciones se pudiese dar. Pero como digo, la claridad es la cosa que tenía más clara, valga la redundancia, y no quería prescindir de ella en ningún momento o situación.

Así que invito a los posibles lectores a ir desgranando esta mi segunda obra y, como siempre, si sacan algo positivo, háganmelo saber y si es negativo, igualmente. Estoy dispuesto a acatar las críticas y asumirlas e ilustrarme con ellas y así seguir aprendiendo poco a poco como he hecho en todas las facetas de mi vida y en el próximo libro, si lo hubiere, poderlo hacer mejor.

Pues sin duda, las enseñanzas y los aprendizajes en la vida, son como todo, a base de caerse y volverse a levantar, aprendiendo de cada caída para no caer en el mismo bache, ni tropezar en la misma piedra.

Esto es así para todos, pero para los que tenemos poca preparación, aún más.

Así que ruego, entiendan los fallos, que sin duda son producto de esta humilde y poco preparada cabeza que se ha empeñado en conseguir este reto literario en el que solo ustedes sabrán si lo he conseguido, si sólo lo conseguí a medias o simplemente no lo conseguí.

Sin más, les dejo con mis personajes para que con su andar por la vida, crezcan y se desarrollen según los momentos que les tocó vivir.

Pues la vida es como es y así la quiero contar. Siempre producto de la imaginación, de algunas experiencias en el andar por ella, y en los sentimientos que todo ser humano lleva dentro, y los vive, los siente, se los guarda, o los exterioriza, según las situaciones, tanto de sufrimiento, como gozo para sí o para la persona que pueda compartírselos con él, siendo generoso para todo ello y, como digo, en cualquier situación real o creada por el autor de este tipo de escritura llamada, ni más ni menos, un libro.

Quiero pensar de antemano que los lectores y lectoras se identifiquen con algún personaje que llene su interior, o que desee que le gustaría encontrarse con alguno parecido en la vida real. Sin duda, todo es posible en cuanto a imaginación se refiere y pudiera ser que de alguna ficción, sin duda, pueda surgir una grata realidad por descabellada que parezca, dando sentido a algunas vidas estancadas por falsos bulos o simplemente por anquilosados y estancados atrevimientos, que después, una vez perdido el tren son prácticamente imposibles de recuperar y solo quedará el por qué no me atreví.

Pido disculpas también por lo reiterativo que pueda ser en algunos conceptos, pero es por mi afán de que todas las circunstancias deben llevar al mismo fin entre el placer y lo injusto. Comienzo sin más en marzo del año 2020 confinado por una extraña pandemia que en el futuro dará mucho que hablar y escribir.

Gracias y hasta el final de la obra.

Capítulo I

Era una mañana de los primeros días de Abril, en plena primavera, las gramíneas del campo lucían en sus estrechos brotes esas perlas de rocío transparentes, cuan limpio cristal que reflejaban todo el colorido de su alrededor, balanceándose ligeramente como pavoneándose de sus bellos colores y verdes tallos que la naturaleza nos regala en esta hermosa época del año.

Un suave olor a hinojo se percibía con gusto en las fosas nasales que agradecían tan natural e inmejorable perfume, pareciendo aquel un tándem casi perfecto para llamar a aquel lugar un pequeño paraíso, y más, al escuchar el murmullo de un pequeño regato, de aguas cristalinas, de pájaros de todo tipo, que de un pequeño vuelo se encaramaban en los árboles y contribuían con sus trinos envolviendo con dulzura aquella maravillosa mañana.

Unas ranas saltaron al paso zambulléndose en el agua y dando muestra de sus habilidades nadadoras y de camuflaje que, por sus genes, habrían heredado de sus antepasados.

Este fluir de vida y naturaleza tenía absorto a nuestro paseante y viajero Balerio que, casi sin darse cuenta, llegaba cerca de un humilde pero coqueto cortijo que comenzó a divisar tan pronto como levantó la vista inundada aún de la salvaje belleza que describimos torpemente, pues la realidad era más directa, espectacular y placentera ante nuestra corta descripción (queriendo mostrársela al lector, con esa sensibilidad que el escritor siempre intenta durante todo nuestro relato y, si puede ser,

durase hasta el final) a pesar de la sensibilidad que el escritor intentará derrochar a lo largo de todo el texto.

Nada más ver aquella coqueta casita con un gran patio cercado y un carril que daba a unas cancelas de entrada, escuchó el balar de unas ovejas y sus corderos que hacían cabriolas jugueteando mientras otros, a su vez, mamaban de las frondosas ubres de sus madres que los acicalaban con sus lamidos y ellos agradecían moviendo el rabo a una velocidad descomunal, como un éxtasis de felicidad. Casi al lado, unos pavos haciendo la rueda de cortejo a sus receptivas hembras que, aunque distraídas, agradecían el esfuerzo. La voluminosidad y belleza de sus congéneres que, sin duda, buscaban el favor de la cópula con ellas, para así, de esa manera tan natural de belleza y disfrute, perpetuar la especie. En ese momento se escuchó el canto de un gallo que parecía decir que allí estaba con su multicolor plumaje que además de anunciar la bella mañana, también daba a entender quien mandaba en el gallinero y con quién tendrían también que hacer el amor su particular harén, así como sus vecinas, las pavas, con sus ariscados y presumidos galanes. Y es que, la naturaleza en primavera se muestra en todo sus furor, esplendor y preñada de deseos por todo tipo de animales y plantas que en esta época gozan para bien de todo lo que colma el deseo, la atracción y el cariño con mayúsculas que cada ser siente por su pareja en la tierra, como no podía ser de otra manera.

A Balerio le gustó mucho aquella singular vivienda de la que, en ese momento, salió uno de sus moradores con un barreño de comida bien troceada que llevaba pequeños trozos de pan, berzas de cebolla y otras verduras con los que dio de comer a los pavos y gallinas que, casi al vuelo, cogían agradecidas tan succulento manjar y saciaban el hambre que todo animal sano muestra con verdadero ardor desenfrenado por las mañanas. Seguidamente echó un pienso de avena y trigo a los corderos que traía en el baño, y que, igualmente, agradecieron tan succulento desayuno. Nada más terminar, se acercó a una pequeña caseta de la que salió un precioso ejemplar de mastín espol-

voreándose, al que con cariño nombró, Ulises. Éste, moviendo la cola en señal de agradecimiento, devoró su porción de comida que también recibió de su dueño. Este señor mostraba una inconfundible cojera y Balerio se acordó de que su padre le había dicho que en aquel cortijo vivía Pepe `El Cojo´ con su familia, es decir, con su mujer Lola y su hija Serezade.

Pepe era un hombre fuerte y de mediana estatura, curtido por los trabajos en el campo y que tenía mucha soltura a pesar de su pequeña minusvalía en el pie. Decían, los que lo conocían, que fue un desgraciado accidente en un día de caza y que metió el pie en un cepo, (trampa que entonces ponían los cazadores furtivos para coger animales y comer carne, que en aquella época no estaba muy abundante) Pepe tuvo la mala suerte de pisar este tipo de trampa que le destrozó el pie quedando en el tiempo aquella secuela en forma de una visible cojera, y de ahí su apodo de Pepe `El Cojo´. Pepe tendría en aquella época alrededor de 38 años.

Estaba casado con Lola, una mujer de su misma edad con una belleza natural que se palpaba, es decir, una piel limpia y clara, ojos negros que destacaban en la claridad de su piel sin maquillaje y una figura esbelta, con piernas bien formadas así como un natural canalillo que salía del centro de sus medianos pechos que, aún con ropa recatada se dejaban ver tímidamente. Lola era una persona acostumbrada a trabajar, era hija de Germán, el panadero del pueblo, y ayudó a su padre en su niñez y juventud haciendo el pan a diario y vendiéndolo en un pequeño despacho que tenían en la misma tahona, hasta que se casó con Pepe `El Cojo´ y se fueron a vivir a esta pequeña finca que describimos propiedad de Pepe y que acondicionaron de manera exquisita para vivir tras su matrimonio, en la que se encontraban muy a gusto.

Esta finca tenía una buena particularidad y es que estaba apenas a dos kilómetros del pueblo con lo que Lola bajaba por aquellos parajes casi a diario, unas veces en bicicleta, cosa que le gustaba, y otras con un pequeño carruaje tipo charet tirado por una yegua bretona llamada Lucera, que se sabía el camino

a pie juntilla y que lo hacía al trote con una nobleza y desparpajo digno de un buen caballo que estaba familiarizado con su viajera como uno más. No en vano, obedecía todas y cada una de las órdenes de sus dueños, tanto Lola en sus pequeños viajes como Pepe `El Cojo´ cuando la enganchaba para algunos trabajos de labranza en su pequeño huerto en el que cultivaba toda clase de verduras, legumbres y otras cosas que Lola agradecía, pues su despensa estaba siempre repleta de productos naturales listos para combinar y consumir. Todo esto unido a los buenos dotes de cocinera que tenía Lola y la colaboración que tenía de Pepe, su marido, que también recolectaba miel de unas colmenas de corcho que él había construido con sus propias manos, sacando de unos alcornos su peculiar corteza aislante del frío y el calor estando las colmenas de abejas tan a gusto como reinas y que, aunque reina sólo había una, todas se sentían como ella y trabajaban a diario libando el néctar de las abundantes flores del lugar, dejando en sus panales el mejor de los alimentos para sus crías, y cómo no, para el ser humano. Bien, pues este manjar también lo llevaba Pepe a Lola para almacenar y consumir cuando fuese necesario. Otra de las cosas que hacía era arrope con melón, este arrope se hacía cociendo el mosto, es decir, el zumo de uva que al cocer y evaporarse el agua quedaba una pasta muy dulce y al añadirle melón se producía un contraste de sabores extraordinario para consumir sólo o acompañado por algún otro alimento como queso fresco, anchoas, asados y otros. Había otro producto muy peculiar que consistía en embotellar los tomates sobrantes que se producían en las temporadas de este abundante producto; este producto se pelaba, se trituraba y se envasaba en botes de boca ancha que al baño maría y sin aire en su interior duraba en perfecto estado hasta la cosecha siguiente.

Todas estas pequeñas cosas hacían que la vida de Pepe `El Cojo´ y Lola fuese casi perfecta junto al cariño que se profesaban y que practicaban en todo su esplendor casi a diario. Pepe decía de Lola que su bonita piel era debido a que él la cultivaba con asiduidad y que la piel es como la tierra si se mima,

se acaricia y se cultiva, da sus frutos muy visibles en cuanto a su ternura, luminosidad y ausencia de impurezas y cuerpos extraños. Y es que Pepe a su manera entendía y practicaba mucho con sus tierras y con su compañera de viaje, cultivando con habilidad los alimentos y el cariño diario que perduraban en el tiempo hacia su amada Lola. De este matrimonio nació, ya hace 10 años, una pequeña criatura a la que llamaron Serezade. Decía Pepe que el nombre le gustó muchísimo al ver una película en la que la protagonista se llamaba así y que coincidió con Lola en que ese nombre también le gustaba, con lo que le pusieron ese bonito nombre a aquella no menos bella niña que a sus diez años hacía las delicias de sus padres, abuelos y todo el que la conocía en particular con Germán, el panadero, su abuelo materno el cual siempre decía que era la niña de sus ojos y aunque se había jubilado hace poco tiempo, a veces le hacía en un horno pequeño roscas y perritos sobre todo por San Blas, que era el santo abogado de la garganta según la tradición de aquel lugar. Estas roscas y dulces típicos a veces se bendecían en la iglesia del pueblo, colgándose los del cuello para que el Santo te protegiera de ella, y los más devotos, llegaban a bendecir la cebada y avena que echaban a los animales para que San Blas los protegiera de enfermedades y sanguijuelas, que a veces estos animales cogían al beber en los pilares y algunos hasta les costaba la muerte, de ahí esa costumbre y creencia tan arraigada en el lugar. Por San Blas había un dicho en el lugar, referido a los tres primeros días de Febrero que dice: el primero Santa Brígida, el segundo Candelero y el tercero Garganero, refiriéndose éste último al dicho santo.

Serezade daba largos paseos por los caminos y veredas del cortijo con su abuelo y acompañada de Ulises, su fiel perro, que iba con ellos gustoso con un movimiento de cola insistente, como agradeciendo de antemano el paseo que iban a dar juntos. Serezade daba la mano a su abuelo y al otro lado, siempre expectante, se colocaba Ulises y como un buen guardaespaldas atento a cualquier peligro que pudiese amenazar a la joven Serezade y a su abuelo que, aunque estaba ágil,

tenía muchos años de trabajo sobre sus huesos con lo que con sus casi setenta años tenía ya que cuidarse y ser cauto por el campo al saltar algún regato, lindazo o barranco que se prodi-gaban en los paseos campestres alrededor de aquella pequeña pero bonita finca. Todo lo contrario que Serezade y Ulises que desbordaban energía y físico saltando todo tipo de obstáculos que se le ponían por delante y corriendo hacia delante de su abuelo volviendo de nuevo a su lado corriendo en sentido contrario. En una ocasión estando un poco alejados de su abuelo, le salieron al camino dos perros de raza dóberman con no muy buenas intenciones, pues ladraban con fiereza a Serezade y a Ulises, éste se percató del peligro y se puso delante de la niña con la intención de protegerla, los perros cada vez más cerca se aproximaban a ellos sin parar de ladrar, Ulises emitió un gruñido y se puso en guardia, la niña comenzó a correr y uno de los perros salió detrás de ella, cuando solo faltaban unos metros para alcanzarla Ulises consiguió atrapar al dóberman que atacaba a Serezade, lo enganchó del cuello con su potente mandíbula y lo revolcó varias veces hasta dejarlo sin resuello. El otro, que venía con las mismas intenciones, tuvo casi idéntica respuesta, pero esta vez Ulises salió herido en una pata que el dóberman, en una de las volteretas que Ulises le había propinado, mordió una de sus patas delanteras, pero Ulises no paró de pelear hasta ahuyentar a aquellos dos malvados caninos que algún dueño desaprensivo había dejado sueltos indebidamente y que pudieron causar un gran daño a la niña de no haber sido por el noble y valiente Ulises que, cojeando un poco, se acercó a Serezade y al abuelo que había acudido presto al lugar de los rápidos acontecimientos, el perro lamió las manos a la nieta y al abuelo como cerciorándose de que nada malo les había pasado. La niña al ver sangrar a Ulises por su pata, comenzó a llorar abrazada al cuello del animal y el abuelo la tranquilizó diciéndole que la herida era superficial y que regresaban a casa enseguida para curarlo. Así lo hicieron y, ya en el cortijo, curaron la pata de Ulises desinfectando la herida y poniendo una suave venda que Serezade envolvió con

todo cuidado y cariño por su más fiel amigo y protector al que preguntaba si le dolía, éste con mirada dulce, aunque no entendía sus palabras, se sentía muy aliviado por tan magnífica y cariñosa cura. Una vez pasado el peligro incluso bromeó con su padre diciéndole que ahora Ulises cojeaba como él, a lo que su padre contestó:

—*Ojalá a mí solo me hubieran dado un mordisco en lugar de un latigazo entre dos hierros afilados en forma de mandíbula de cocodrilo*— por lo que la niña pidió perdón por la broma y éste acarició su pelo diciendo:

—*Lo importante es que a vosotros no os haya pasado nada, gracias al valiente y noble Ulises.*

Abrazó de su cuello a Serezade y al perro que se sintieron agradecidos y recompensados por aquel cariñoso y suave beso que les dio a cada uno.

En aquel momento Ulises se puso en guardia emitiendo un suave ladrido, y es que Balerio el paseante se había acercado a la cancela para saludar a aquella familia. Balerio conocía por su padre casi toda la historia y vida de Pepe y Lola, pues habían sido amigos de juventud teniendo un buen feeling entre ellos, Prudencio, que así se llamaba el padre de Balerio, les había contado todas sus correrías juntos y también el tiempo de servicio militar, en el que estuvieron incluso en la misma compañía.

Pepe salió enseguida carril delante con su peculiar tranqueo y se dispuso a abrir a aquel joven, que él no acababa de reconocer y es que Balerio llevaba casi cinco años estudiando ingeniería en una prestigiosa universidad y había pasado a sus veintitrés años de ser un joven imberbe a la figura de un hombre curtido y maduro con una corta barba poblada y bien cuidada. Cuando Pepe estuvo pegado a la cancela, Balerio exclamó:

—*¡Buenos días, señor Pepe!*

A lo que éste contestó

—*Buenos días, joven.*

Al nombrarlo así se dio cuenta que no le había reconocido y prosiguió.

—*Soy Balerio el hijo de Ubaldo.*

En ese momento Pepe que acababa de abrir las cancelas le dio un emotivo abrazo diciéndole:

—*Pero Balerio!, ¿cómo has madurado tanto en tan sólo cinco años?*

— *Pues ya ves, —le contestó Balerio: quizás el esfuerzo de muchos estudios clavando codos y que a su vez he estado trabajando para sacarme la carrera y, que si Dios quiere, la termino el año que viene con el proyecto final que estoy preparando.*

Seguidamente entraron en la casa donde esperaban expectantes Lola, Germán, su padre y Serezade que más que curiosidad tenía obsesión porque le presentaran a aquel apuesto joven que les visitaba inesperadamente. No tardó en obtener respuesta su ansiada curiosidad, pues nada más llegar al porche de la casa donde estaba el resto de la familia Pepe exclamó:

—*Mira, Lola, quien ha venido a visitarnos, Balerio, el hijo de mi buen amigo Prudencio.* —Lola exclamó:

—*Pues porque me lo estás diciendo, porque si lo veo solo, no lo hubiera reconocido.*

—*Lo mismo me ha pasado a mí en la cancela.*

Dio dos besos a Lola, después saludó efusivamente al viejo Germán y después dijo:

—*Bueno, ¿y quién es esta niña tan linda con esos ojos tan hermosos y esas trenzas tan bien hechas?*

—*Pues nuestra hija Serezade que ya cumplió diez años y es toda una mujercita.*

Serezade sonrió un poco, pero también un poco ruborizada, besó a Balerio con agrado diciendo:

—*Encantada de conocerle señor.*

—*No me digas señor, si yo jugaba contigo cuando eras pequeñita.*

—*No me acuerdo, —contestó Serezade.*

—*Bueno, —dijo Lola.*

—*Pasad al comedor y tomáis un café con torrijas que hice esta mañana temprano y que están para devorarlas.*

El joven agradeció la invitación y aceptó aquel café, comiendo tam—bién una hermosa torrija con miel que Lola había preparado tan diestramente.

—*Están de muerte*, —dijo Balerio.

—*Gracias por el cumplido*. —Contestó Lola. Seguidamente comentó Pepe.

—*Bueno, y tu padre ¿qué tal?*

—*Pues bien, pero desde que mi madre está enferma, él no tiene muchas ganas de salir.*

—*Con las correrías que hemos compartido*, —dijo Pepe.

—*Sí, él me ha contado que érais unos elementos en la cuadrilla y cuando hicisteis el servicio militar, me contó una anécdota de cuando una noche los cabezales de las camas, que eran de plumas, llenasteis toda la compañía que parecía que estaba nevando y que cuando llegó el capitán del cuartel, al oír el alboroto, os arrestó a los ciento veinte que érais, a hacer instrucción cada noche hasta la una de la madrugada y a pagar con vuestro mísero sueldo todos los desperfectos que habíais ocasionado.*

—*Sí*, —contestó Pepe

—*Pero los veinte minutos que duró la cacería del bicho yo no las cambio por nada. Aquello se convirtió en un jolgorio que era para haberlo grabado, incluso el capitán se rió cuando vio a 120 muchachos detrás de un murciélago saltando por todo y todos los que se ponían delante de aquellas almohadas cortas que llamábamos cabezales. Lo que pasa, que por indisciplinados tuvo que arrestarnos, pero como digo a él le sorprendió y divirtió tan desigual cacería.*

—*¿Y qué pasó con el murciélago?*

—*Pues no te lo pierdas! Que al final se escapó por una ventana que había abierta. Después supimos que la habilidad que tienen los murciélagos para esquivar obstáculos se debe a unas antenas que llevan un radar incorporado a su cerebro y que antes de llegar al obstáculo lo esquiva con una rapidez pasmosa. De ahí que sorteara todas las almohadas que le tirábamos y en cierta manera se riera de toda la compañía y si encima nos veía*

haciendo instrucción por la noche durante una semana se partiría el culo el dichoso murciélago.

A esta afirmación de Pepe, les precedió unas carcajadas de los presentes que también se estaban divirtiendo con tan peculiar relato que habían vivido Prudencio y Pepe en primera persona, en esa alocada edad en la que los jóvenes tenían que ponerse al servicio del ejército durante una larga temporada. Seguidamente Pepe dijo a Balerio:

—Pues como anécdota buena es la que nos pasó con nuestro amigo Pizarrín, ¿no te ha contado tu padre lo que le pasó un día en la ducha?

—No, —contestó Balerio.

—Sí es verdad que el nombre o apodo de Pizarrín sí se lo he oído nombrar, pero la anécdota en sí la desconozco.

—Pues verás, este amigo de fatigas que se apellidaba Pizarro y como en el cuartel siempre nos llamábamos por el apellido y este individuo que era muy flaco y con la cabeza picuda hacia arriba en lugar de Pizarro le llamábamos Pizarrín, acordándonos de los pizarrines que utilizábamos cuando éramos niños y que servían para escribir en las pizarras que era la herramienta que teníamos en las escuelas, sobre todo en párvulos, hasta que se comenzaron a consumir las plumas, los bolígrafos y las libretas que enseguida anularon esta peculiar manera de escribir. El apodo, como digo, le venía como anillo al dedo y es que además de ser flaco y con la cabeza puntiaguda era muy moreno, con lo que el que se lo puso acertó de pleno. Pues bien, sigo contando, a Pizarrín le daba un miedo espantoso el agua en general, pero especialmente si estaba fría. Cuando íbamos a las duchas colectivas se ponía malo, incluso se escondía en las taquillas para escaquearse de tan saludable costumbre. Mira por donde, una de las veces que se metió en una taquilla, pensando que ya no había nadie en la compañía, al salir de ésta lo localizó el sargento de semana que se había quedado la gorra en dicha compañía, enseguida le preguntó:

—¡Bueno! ¿y tú qué haces ahí escondido que no estás en las duchas con tus compañeros? Pizarrín se cuadró y le dijo:

—¡A la orden mi sargento!, pero es que a mí el agua fría me pone malo y lo paso muy mal.

—¿Qué te pones malo, so guarro? —Le gritó el sargento.

—Más malo será que te coman las miasmas por no lavarte. Anda coge la toalla y sal corriendo a la ducha que esta compañía todavía no ha entrado. ¡Qué corras te he dicho! Y lo llevó a la fila dándole gorrazos.

Cuando vimos a Pizarrín corriendo delante del sargento, las carcajadas se oían a cientos de metros. Para terminar de contar el caso, os diré que las duchas eran un túnel de unos cincuenta metros de largo, alicatado y con duchas saliendo a ambos lados del túnel.

Había una estancia con gran cantidad de perchas, donde dejabas el pantalón de deporte, la camiseta y las botas que era el ropaje obligatorio para ir a las duchas. Después pasabas los primeros chorros, te enjabonabas y después te ponías debajo de los alrededores de doscientos chorros que había en el mencionado túnel con lo que en menos de diez minutos nos duchábamos toda la compañía y así nos secábamos un poco al final que había otro espacio sin ducha. Cortaban el agua unos segundos y volvíamos corriendo a por los pantalones, la camiseta y las botas de deporte, éste era el recorrido y fin de la limpieza corporal que a todo el mundo le gustaba. Bueno, a todos menos a nuestro amigo Pizarrín, que entró ese día obligado dando gritos de pánico y espantado y tiritando que daba miedo verlo. Pues bien, se enjabonó un poco sin mojarse y se quedó en el principio de los chorros sin atreverse a entrar al trapo. Ahí no queda todo, sabéis que cuando te metes en la ducha te entran unas ganas de mear enorme. Pues bien, tal era el pánico de Pizarrín por el agua fría, que tuvo los santos cojones de ponerse de rodillas y a gatas pasó por debajo de todo el que se estaba meando, amortiguando así el frío del agua de la ducha. La escena era de campeonato y la guarrería fue comentada dentro y fuera del cuartel durante mucho tiempo. El sargento, que se enteró de la macabra y puerca acción, a partir de ese día se metía con él con una vara en la mano, así nuestro amigo Pizarrín no tenía más remedio

que ducharse, siendo un espectáculo los gritos que daba aquella criatura a la hora de asearse.

Cuando terminó Pepe el relato, todos los demás estaban llorando de la risa de tan singular acción por parte del amigo Pizarrín y que, como todos los casos extremos y relevantes de la vida, se quedan en la memoria y en la retina de cualquier ser humano que los haya vivido y que en momentos de tertulia salen a relucir, haciendo las delicias del que lo escucha y riendo hasta llorar pasándose así buenos momentos, porque de eso se trata en las agradables tertulias, de pasárselo bien. Contadas, son verdaderos libros en la mente de cada uno. Con esta animada conversación se habían terminado el café y las exquisitas torrijas que les había sacado Lola de su propia cosecha y que había hecho las delicias de los tertulianos. Balerio dio las gracias por el agasajo y acto seguido se levantó para marcharse, no sin antes dar un beso a Serezade y a su madre que quedaron admiradas del porte y la exquisita educación que mostró Balerio en todo momento. Al tiempo que se despedían, Ulises se puso de pie en cuanto llegaron a la altura del porche y amablemente acompañó a su dueño y al visitante a la cancela sin separarse de ellos. Y es que los animales cuando se les quiere te devuelven ese cariño con creces y se convierten en uno más de la familia. A la vuelta de Pepe a la casa, Serezade dijo a sus padres:

—Cuando sea mayor, yo también quiero estudiar una carrera como Balerio y vivir la experiencia de estudiante en una gran ciudad. A lo que su madre replicó:

—Todo se andará, primero preocúpate de sacar buenas notas en el colegio y después hablaremos del tema, pero sabes que tu padre y yo nunca nos opondremos a lo que sea bueno para ti y tus decisiones serán también nuestras, pues sabes que nuestro cariño por ti no tiene límites y nunca seremos un freno para dichas decisiones, sobre todo si son para formarte como mujer y persona.

Serezade dio un emotivo beso a su madre, después, a su padre, que con una sonrisa se hacía cómplice de las palabras de Lola. Después besó a su abuelo y éste replicó:

—*Yo no sería tan permisivo con que la niña se fuese sola el día de mañana a estudiar, todavía si fuese un chico...*

A lo que Serezade contestó:

—*No me seas tan machista, abuelo, porque las mujeres tenemos el mismo derecho y las mismas agallas que los varones.* Germán la achuchó diciendo:

—*Esta será una gran mujer por su valentía y sus firmes decisiones.* Y es que se atisbaba en Serezade por dónde iban a tener claro que tenían que ser dueña y señora de su propio destino sin que nadie cortapisara sus decisiones en todos los aspectos de la vida, cosa totalmente justa y de perogrullo, pues los seres humanos sino somos iguales en todo no habrá justicia que se precie, sería todo menos justicia.

La mente humana es una esponja a lo largo de cualquier vida y en la mente de Serezade se iban grabando cada día todas y cada una de las vivencias que a diario le iban surgiendo. Y es que, aparte de sus estudios, los cuales llevaba con un alto nivel en la vida cotidiana, era muy observadora y llegaba siempre al fondo de las cosas y cuando preguntaba algo no le valían medias tintas y siempre había que explicarle las cosas hasta el final hasta que ella se convenciera de que aquello cuadraba y no quedaba nada oculto. En ello era bastante tozuda y preguntona. Siempre solía decir que preguntaba para enterarse y hasta que no se enteraba no quedaba satisfecha. Esto en una niña como ella, era y es un buen sistema de aprendizaje, así como de una personalidad definida y decidida que en el andar por la vida nada se quedase sin razonar.

En una ocasión que estaba en un pequeño paseo al lado de su casa en el que dos frondosos alcornos junto a unas pesadas piedras hacían el final del recorrido de aquel coqueto paseo donde una de aquellas limpias y aparentes piedras naturales que asemejaban a un sofá en su forma, aunque un tanto más duro, Serezade estaba absorta en su lectura cuando se presentó Ulises, su perro. A pocos metros una hembra mastín merodeaba cariñosa moviendo la cola. Con gestos amables se acercó a Ulises que, con el mismo cariño, comenzó a saltarle a

su lado haciendo toda clase de carantoñas y lamiendo su hocico como dulces besos, agradaba visiblemente a aquella joven cachorra que le ofrecía todo su cuerpo para que, amablemente y con insistencia, el fuerte y apuesto Ulises la acariciara con su lengua. Serezade se percató de tanta amabilidad y llamó a Ulises, que iba hacia Serezade, pero al instante volvía con su congénere compañera que sin duda estaba en celo. Ulises en uno de los momentos lamió la vulva de la hembra y, al verlo, Serezade le dijo:

—¡*Cochino, eso no se hace!* pero el celo en los animales no entiende de órdenes de sus deseos, sino de los instintos pasionales que experimentan cuando una hembra está lista para la cópula y el favor natural placentero y la perpetuidad de la especie.

Como digo, entran en juego en estos cortos pero intensos días que tienen los animales para aparearse; pues bien, Ulises sin ninguna cortedad se encaramó por detrás a su reciente novia y con sus fuertes patas delanteras, abrazó a la hembra que lo estaba esperando ansiosa y copuló con ella en un alarde de pasión y cariño. Serezade los observaba estupefacta, pues nunca había visto a dos animales así, y más cuando se quedaron pegados por esa particularidad que la naturaleza puso en ellos y es que al aumentar de tamaño en la cópula, el miembro del macho en la oquedad de la hembra internamente, no puede salir hasta pasada al menos media hora y todo este tiempo el macho está soltando semen para que la cópula sea efectiva y cumpla su cometido que es preñar a la hembra y así perpetuar la especie. Como digo, todo esto lo estaba observando Serezade entre alegre porque veía a su perro feliz y por otro lado, estupefacta, al no haber visto nunca nada semejante y no entender a qué se debía aquel decidido natural comportamiento, pues a sus diez años en aquella época nadie le había explicado nada en materia de reproducción. Con lo que una vez que los dos animales se despegaron y con sus lenguas se limpiaron pulcramente sus órganos sexuales, ella llamó a Ulises que esta vez sí le hizo caso, pues había saciado su instinto sexual. Salió con paso acelerado para la casa, entró en ella y llamando a su